

MIKE VAN WAES

LOS PLASTAS

HAN LLEGADO PARA INCORDIAR



DESTINO

MIKE VAN WAES

LOS PLASTAS

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Peeves*

© del texto: Mike Van Waes, 2018

© de la traducción: Rosa Sanz, 2019

© del diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd, 2018

© de la ilustración de cubierta: Jammie Littler

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22223-1

Depósito legal: B. 287-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Las ratas de laboratorio

—¿Eres Steve? —me preguntó una voz sorprendentemente agradable.

Era mi primer día en mi nuevo colegio, estaba sentado en el despacho del director esperando a que me enseñaran el centro, y trataba de decidir a qué silla debía acostumbrarme por si acaso me mandaban allí tantas veces como en mi anterior escuela. Ser el nuevo ya es bastante malo de por sí, pero encima me había trasladado a mitad de curso, que es como entrar al cine en plena película sin saber nada del argumento. Ya tenía un tembleque incontrolable en la pierna, un indicio claro de que me agobiaba la idea de que un chaval al azar tuviera que acompañarme todo el día obligado a ser simpático conmigo.

Supuse que me quedaría tirado antes de tercera hora, pero entonces oí mi nombre. Y cuando levanté la mirada, vi una sonrisa. Pero una sonrisa de verdad, no forzada.

—Soy Suzie. Suzie Minkle. ¡Bienvenido a la escuela New Old Wayford!

Antes de que pudiera contestar, me puse rojo como un tomate y se me secó la garganta.

—Slim Pickings —farfullé, pero solo me salió un gruñido.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad, agitando sus rizos oscuros como si tuvieran vida propia y estuvieran contentos de estar allí. Luego se echó a reír, pero no de mí.

—Entiendo que no estés muy entusiasmado, la verdad es que en este pueblo no hay mucho donde elegir.

La miré parpadeando como si intentara quitarme las telarañas de los ojos. Suzie era una de las pocas personas negras que había visto en el cole, pero si se sentía fuera de lugar, no lo demostraba en absoluto. Llevaba una camiseta de los Twenty One Pilots debajo de una camisa de redecilla azul, pantalones de chándal y unas Doc Martens rojas. El conjunto le daba un aspecto relajado que la hacía parecer cómoda hasta un punto que yo creía imposible. Y, madre mía, qué bien olía. No sé qué sería, pero el jabón, la colonia o el champú era como un soplo de aire fresco.

—No, decía que me llamo S-S-Slim —tartamudeé siguiéndola por el pasillo.

Y entonces, aunque no os lo creáis, me sonrió otra vez.

—Slim, qué nombre tan chulo. El mío suena a vecina pesada de telecomedia, pero bueno, ya estoy acostumbrada.

A pesar de mis problemas para comunicarme como un ser humano, Suzie hizo que me sintiera aceptado, algo que

no me había pasado nunca en mi anterior colegio, ni en ningún otro sitio. Para mi asombro, la chica parecía querer ser amiga de todo el mundo.

—Mis padres tienen un centro de yoga y bienestar, por eso creo que es importante practicar la meditación y la atención plena, ¿no te parece? —continuó ella.

Me gustó el sonido calmante de sus palabras, aunque no entendía lo que significaban, así que asentí. Quería mostrarme de acuerdo para que siguiera sonriendo. Por lo general, ver a una persona tan feliz me habría escamado al instante. Habría empezado a comerme la cabeza, a sospechar que ocultaba algo y a preguntarme si se estaba riendo de mí. Sin embargo, con Suzie me lo creí sin más, no sé por qué. Supongo que, después de todo, se podía ser feliz de verdad. ¿Quién lo iba a decir?

En lugar de ir directos a clase, me llevó a hacer un recorrido completo por la escuela. Y durante el trayecto, por los pasillos y al entrar en la biblioteca, el comedor y el gimnasio, saludaba a cada persona que se encontraba y me presentaba: «Este es Slim, el nuevo, y mola mucho». Yo nunca había visto nada igual; le caía bien a todo el mundo, incluso a mí. De hecho, me gustó desde el instante en que la vi. No merece la pena que lo niegue porque ya os habréis dado cuenta; y si no, ya se encargará de decirlo mi hermana Lucy, una bocazas de primera categoría, que hará lo que sea para llamar la atención.

En ese momento, mientras caminaba con Suzie Minkle por la escuela de secundaria New Old Wayford como si fue-

ra alguien normal, pensé que a lo mejor me libraba de volver a ser el bicho raro del cole. Con un poco de suerte, lo mismo ni me daban más ataques de ansiedad. Sobreviví sin problemas a las primeras horas y a la comida, ¡hasta pude sentarme al lado de Suzie en Álgebra! Cuando solo quedaban dos clases, pensé que quizá, solo quizá, podía salir algo bueno del divorcio, con el rollo de las dos casas, el traslado de colegio y el hecho de que mi vida se hubiera echado a perder para siempre.

—Señor Pickings —dijo la señora Bowers en un tono exasperado que indicaba que no era la primera vez que me llamaba. ¿Por qué crearán los profesores que usar tu apellido les hace parecer más intimidantes? Nunca es así, pero menos aún con el sonsonete monótono de la señora Bowers, que aburría a sus propias gafas. Mis nuevos compañeros soltaron una risita al oír mi apellido, y sentí un familiar escalofrío de inseguridad en la espalda.

En mi antiguo cole ocurrió igual. Allí, el niño que se sentaba a mi derecha, Otis Miller, solía taparse la cara con el libro, se metía un dedo en la nariz, hacía como si me estuviera tirando mocos y murmuraba: «No te piques, Pickings» como si tuviera alguna gracia. Fue un gran alivio que su familia se mudase al otro extremo del pueblo y lo cambiaran de colegio. Por desgracia, un resoplido repugnante a mi espalda bastó para recordarme adónde lo habían mandado.

Entonces, me di la vuelta, a cámara lenta como en una película de terror, y vi al larguirucho de Otis Miller agazapado en el pupitre de atrás.

—¡No te piques, Pickings! —me soltó con una sonrisa malévola y un dedo en la nariz.

Volví la vista al frente, sonrojado.

—Señor Pickings —repitió la señora Bowers—, como es su primer día, ¿por qué no se pone de pie y nos cuenta algo de sí mismo?

Debí haberlo imaginado. Aunque había disfrutado de varias horas de glorioso anonimato, resultaba imposible entrar en un nuevo colegio sin que algún profesor sádico te torturase con una presentación innecesaria.

Me obligué a levantarme, con las piernas temblando. Todas las miradas recayeron en mí, despreciativas, expectantes, críticas. Alguien arrugó un papel. Otro resoplido ruidoso y repugnante de Otis. Después, susurros y risitas. Y un par de carcajadas ahogadas. Me quedé paralizado. Mi campo de visión se redujo y el aula se volvió borrosa. Quise que me tragara la tierra, pero no lo hizo. No tenía más remedio que decir mi nombre al menos. Cuando logré abrir la boca, seca como la mojama, noté que algo me caía en la nuca. Un pegote húmedo y viscoso.

Al volverme, vi que Otis estaba casi tan atónito como yo por haberme tirado un moco de verdad, que ahora tenía pegado al cuello. Parecía evidente que no pretendía lanzarlo tan lejos, y no sabía qué hacer. Si sus resoplidos ya me daban asco de por sí, ahora tenía uno de sus gargajos en contacto directo con mi piel.

Intenté quitármelo, pero se me quedó pegado a la mano. Luego intenté arrojárselo a él, pero no había manera. Supe

que el terror se iba a apoderar de mí en cuestión de segundos. Vete tú a saber qué clase de microbios nadarían entre las flemas de Otis Miller. Así pues, hice la única cosa que se me ocurrió en ese momento: colocárselo a Heather Hu, quien se sentaba delante de mí, pensando que se engancharía bien a su peinado perfecto.

No me acuerdo muy bien de lo que sucedió después, pero se oyeron gritos y se produjo una estampida. Más de una persona dijo: «¡Un moco!». Yo me quedé clavado al suelo frío y agrietado, presa del pánico. Recuerdo el sonido de los zapatos en movimiento, el entrechocar de las sillas, un montón de chillidos que formaron un rugido atronador. Cerré los ojos con fuerza. Y cuando los abrí de nuevo, todo estaba borroso. Mis compañeros se habían convertido en un monstruo enorme y rugiente. Me encogí todo lo que pude, deseando estar en cualquier otra parte.

De repente, mi deseo se hizo realidad y la señora Bowers me llevaba de la oreja al despacho del director. Mi ansiedad había disminuido lo suficiente para permitirme respirar otra vez.

—No cabe duda de que ha dejado usted una primera impresión indeleble, señor Pickings —me dijo, como si fuera yo el culpable—. Aunque no muy buena, precisamente.

—Me han tirado un moco, ¿qué quería que hiciera? —me justifiqué, como si un ataque de nervios fuese la única respuesta posible tras recibir un proyectil mocososo en la nuca.

—Haber usado un pañuelo —respondió ella en tono cansado.

Después se recolocó las gafas en la nariz y salió dando un portazo.

Me senté en la misma silla coja en la que había empezado la jornada escolar e intenté calmarme mientras esperaba oír a la enfermera Nellie arrastrar los pies por el pasillo con un Valium infantil. En ese momento me acordé de que la enfermera Nellie no trabaja en este cole y de que yo había dejado la medicación. No sé si mis padres avisaron al director de mis problemas de salud ni si le proporcionaron mis recetas para emergencias. No están muy centrados últimamente. Además, la secretaria no estaba en su silla, y la puerta del despacho del director estaba cerrada. Me habían dejado solo con mis pensamientos.

Enseguida pensé en Suzie y me alegré de que no hubiera estado presente durante mi numerito, pero recordé que conocía a todo el mundo y supe que no tardaría mucho en enterarse. Hasta era posible que alguien lo hubiera grabado con el móvil. «Me convertiré en un meme antes de que caiga la noche —me dije para mis adentros—. Esto me amargará la existencia incluso en el instituto. Siempre seré Pickings el que se pica, y todos se reirán de mí hasta el fin de los tiempos.»

Antes, el corazón me latía a mil por hora y era incapaz de controlarme. Ahora se me da mejor calmarme, pero, por aquel entonces, cada vez que me entraba el pánico creía que me iba a quedar así toda la vida. Era como caer a un pozo sin fondo. Estaba histérico. Enfadado. Muerto de vergüenza. Y muy deprimido. Había tenido la oportunidad de ser

normal —o parecerlo—, pero la fastidié. A lo grande. En menos de un día, mi vida en mi nuevo colegio se había convertido en mi vida en mi antiguo colegio.

En un momento dado, la secretaria gruñona y arrugada que olía a manteca y ambientador volvió de la fotocopiadora y me encontró triste y solo.

—El nuevo ha vuelto —le anunció al señor Waters, quien abrió la puerta, se alisó los pantalones de cuadros, se apretó la corbata a juego y me hizo entrar a su despacho, donde me soltó una charla acerca de los nuevos comienzos, la adaptación y la importancia de darme una oportunidad a mí mismo.

Sin embargo, yo estaba demasiado ido y no seguía una palabra de lo que decía. Había entrado en la fase de recuperación habitual después de un ataque. Me sentía atontado, y no podía articular más que algún «sí», «es cierto» y «eso haré». Con el tiempo he descubierto que los adultos necesitan saberse escuchados, aunque no tengas ni pajolera idea de lo que hablan. Así se tranquilizan y te dejan en paz mucho antes.

—He leído tu expediente y no me gustaría que tuvieras los mismos problemas que en tu antigua escuela, Steven —comentó el director inclinándose sobre su escritorio—. ¿Cómo prefieres que te llamen, Steven o Steve? ¿O tal vez Stevie? A mí siempre me ha gustado Stevie, pero es que soy muy fan de los Fleetwood Mac.

No sabía de qué me estaba hablando, pero era obvio que esperaba una respuesta, así que abrí la boca y le ofrecí demasiada información:

—Mi familia me llamaba Stevie cuando era un renacuajo al que nadie tomaba en serio, pero luego crecí, desarrollé mi personalidad y supongo que dejó de tener tanta gracia. Así que empezaron a llamarme Slim, o sea, «flacucho», por lo delgado que soy. Creo que era un apodo cariñoso, pero también les parecía gracioso. A mí no me molesta, excepto cuando me fastidia, pero es que yo me molesto con facilidad. Y no sé, la verdad es que hay poco donde elegir, porque casi todo me molesta, y por eso me he quedado con Slim Pickings. No es que sea un gran nombre, pero es el mío, y supongo que usted también puede llamarme así.

El señor Waters se quedó un rato mirándome con la boca abierta. Como mucha gente con la que hablo, no sabía cómo responderme. Creo que ambos nos alegramos de que mi padre irrumpiera en ese momento.

—Hola, Slim —dijo con el aire de cansancio y decepción al que estaba acostumbrado.

Llevaba puesto un traje, por lo que supe que tendría una reunión importante después, o había tenido que marcharse de una.

Papá acababa de presentarse al director cuando entró mi madre a toda prisa, histérica y llena de preguntas.

—Slim, ¿qué ha pasado? ¿Qué problema hay? —Se calló en seco al ver a mi padre—. ¿Qué... qué estás haciendo aquí? Hoy me toca a mí, Dale —prosiguió sacando el móvil para comprobar su agenda.

Mi madre es la reina de las listas y los horarios, aunque los últimos meses no había estado muy centrada que se diga.

Mi padre se frotó la barba incipiente, que le daba un aspecto estresado y que se había convertido en una característica permanente de su rostro, y contestó:

—Y ¿qué importa? He tenido que salir del trabajo.

Mi madre no pudo evitar puntualizar:

—Y yo también.

El señor Waters me mandó fuera para que me sentara en la silla coja y cerró la puerta. No oía lo que estaban diciendo, pero a través del cristal esmerilado veía que mamá y papá estaban teniendo una conversación muy seria con él. En realidad, parecía más una terapia de pareja que otra cosa, y me estaba poniendo nervioso otra vez. Por eso, cuando la secretaria gruñona se distrajo, aproveché para salir y tomarme un respiro. Cosa que hice, durante medio minuto más o menos.

—Muy bonito, mocose te —me dijo Lucy acercándose a mí y pegándome el teléfono a la cara. Mi vida pasó literalmente ante mis ojos. O, mejor dicho, el capítulo más reciente. Tal y como sospechaba, mi ataque se había viralizado antes de que sonara el último timbre—. Me lo ha mandado mi amiga Maya. Menos mal que ha sido después de que me presentara al equipo de fútbol femenino y me invitaran a su fiesta de pijamas de este finde, porque si no, me habría dado un corte que te mueres.

Cómo no, ella ya había hecho amigos.

Lucy es mi hermana pequeña, pero se me hace raro llamarla así ya que es casi tan alta como yo. Hermana menor sería más correcto. Solo tiene diez años, pero según nos dijo el señor Felcher, sudando y tartamudeando durante la em-

barazosa clase sobre educación sexual en mi antiguo cole, los chicos maduran más tarde que las chicas.

Nos comparen como nos comparen, casi siempre sale ganando Lucy: ella es fuerte, yo soy un canijo; ella está muy centrada y yo tengo la cabeza en las nubes; ella se desenvuelve con gracia, yo me ahogo en un vaso de agua. Parfraseando a mi padre una vez que no sabía que lo estaba escuchando, Lucy «tiene un par de narices», aunque no fue «narices» lo que dijo.

¡Riiing!

Cuando sonó el último timbre, los alumnos salieron disparados de las aulas cual vómito, lo que, unido al hecho de que todos se estaban riendo de mí, me produjo náuseas.

—¡Hola, colegui! —chilló la que supuse que era la nueva mejor amiga de Lucy, Maya Rodríguez, algo inaudito teniendo en cuenta que se habían conocido ese mismo día. Esta siguió parloteando—. Me encantan tus vaqueros, y tu mochila, y tienes que decirme dónde te compraste las botas para que las llevemos todas las del equipo. ¡La fiesta de pijamas de este finde va a ser la bomba!

De verdad que no hacía falta que me recordasen que Lucy no tenía los mismos problemas que yo.

—Te has hecho famoso en un solo día. —Al darme la vuelta, vi a Suzie riéndose de mi vídeo y quise que me tragara la tierra—. No sufras, Slim —me animó con esa voz suya tan dulce—. Yo me di a conocer el año pasado después de sentarme sobre unas natillas de chocolate llevando pantalones blancos. Fui Suzie la Culocagao durante meses, pero

el ciclo siguió su curso. Tus quince minutos de fama se acabarán pronto.

Entonces me di cuenta de que no se estaba riendo de mí, sino sonriéndome. Como si no fuera un apestado social. A continuación, se sacó una barrita orgánica, vegana, sin gluten, sin lácteos, sin frutos secos, sin azúcar y 100% natural y le dio un bocado como si no pasara nada.

No sabía qué decir, pero deseaba decir algo con toda mi alma para que no se fuera. Al final, mi boca produjo unos sonidos parecidos a «¿está bueno eso?». Me temo que lo dije muy alto y muy rápido y me puse rojo. Luego le solté otra perla:

—Eeh... A mí también me gustan las barritas.

Entonces aspiré su aroma característico y la cabeza me dio vueltas como un programa de ordenador que se está cargando. Cuando salí del trance, me percaté de que estaba contándome algo.

—Y están hechas con ingredientes integrales naturales. Mis padres dicen que son mucho más sanas que los alimentos ultraprocesados, que son todo productos químicos. De hecho, están pensando en venderlas en su centro de bienestar, ¡y así podría comerme todas las que quisiera! Aunque tampoco lo haría, porque lo más importante es mantener el equilibrio, ¿verdad?

Creo que asentí con la cabeza.

—Yo solo como cosas naturales. ¡Odio los productos químicos de los alimentos ultraprocesados! —grité. Me daba igual no saber lo que estaba diciendo. Estaba hablando con

una chica. Y no era cualquier chica, sino Suzie Minkle, con aquellos ojos brillantes y aquella sonrisa que tal vez yo había contribuido a crear.

—¡Ja! —se rio mi hermana, lo bastante alto para que Suzie lo oyera—. Antidepresivos, ansiolíticos, estimulantes, psicofármacos —recitó, nombrando la gama completa de medicamentos milagrosos que había probado durante los últimos dos años. Y añadió—: Por no mencionar los regalos que sé muy bien que tienes escondidos en tu habitación. Eso es puro azúcar.

La sonrisa de Suzie se redujo un poco, pero no desapareció.

—No tienes que fingir que te gustan las mismas cosas que a mí. Yo también como regaliz —confesó, pero entonces vio su autobús y salió corriendo hacia él, a la vez que gritaba—: ¡Hasta mañana!

Y así, el delicioso olor se fue con ella.

Y yo me quedé a solas con Lucy y su sonrisita de suficiencia.

Acto seguido, salieron papá y mamá, lo que me recordó que al menos no tendría que sufrir la humillación de volver a casa en autobús. Noté que se habían puesto de acuerdo para llevarse bien durante un momento y centrarse en mí. Tenían una expresión lastimera en el rostro, como si fueran ellos los culpables de mi ida de olla.

—¿Cómo estás, Slim? ¿Tienes algún síntoma de síndrome de abstinencia? —me preguntó mi madre con ese tono maternal que deben de enseñar a los padres en el hospital

antes de que se lleven a sus hijos a casa—. ¿Escalofríos? ¿Sofocos? En cualquier caso, seguro que te encuentras fatal.

Por suerte, no sentía nada de eso. Se me pasó una respuesta irónica por la cabeza («Tomarme un descanso de la medicación es como estar de vacaciones, lo mejor son los cócteles en la tumbona y los paseos por la playa»), pero mi lengua solo pudo pronunciar un «estoy bien».

—El incidente de esta mañana indica lo contrario —rebatía mi padre.

Y tenía razón. Todo era un desastre, pero no porque mi cerebro echara de menos las pastillas.

—Slim, ¿te encuentras mejor ya? ¿Necesitas un ansiolítico? —me preguntó mamá rebuscando por su bolso sin éxito—. Vaya, me los habré dejado en la obra.

Papá dio un bufido.

—¿Qué obra, Leslie? ¿Te refieres a nuestra casa?

Mamá suspiró.

—Sí, nuestra casa. Pero ya no es nuestra, la vendimos, y los nuevos dueños me contrataron para hacer la reforma. Es mi trabajo, Dale. Así es como le doy de comer a nuestros hijos.

—¿Y yo no?

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—Mira, lo único que quiero saber es si puedes quedarte con ellos o no. Ahora no es seguro que estén en la obra..., en la casa, mientras estén fumigando.

No me parecía nada justo que se pusieran a fumigar justo después de habernos ido de la casa. ¿Acaso estaba bien

que nosotros tuviéramos que convivir con toda clase de plagas, pero unos desconocidos no? Aunque, pensándolo mejor, tal vez hacía falta que eliminaran nuestros rastros antes de que pudiera entrar a vivir otra familia. Tal vez tendrían mejor suerte que nosotros. O quizá acabarían igual. ¿Quién sabe? ¿Le importa a alguien?

Lucy y yo subimos al Jeep de papá para alejarnos de la discusión. Mientras cerraba la puerta, mi hermana me dijo:

—Te has metido tantas pastillas que no me extraña que produzcas efectos secundarios.

Estuve tentado de negarlo, pero sabía que en parte era cierto. Había tomado cinco medicamentos distintos desde que tuve el primer episodio. Un par de ellos me ayudaron una temporada, pero todos producían reacciones distintas, y efectos secundarios. Algunos me daban dolor de cabeza, otros me secaban la piel, otros me producían insomnio, y uno hacía que empeorasen todos los síntomas. Qué guay. Los médicos insistían en que había que ir probando, pero más bien parecía ir tropezando.

—De acuerdo, llamaré a la psicóloga —le dijo mi padre a mi madre a la vez que se montaba en el asiento del conductor—. Yo me encargo de todo —refunfuñó para sí al cerrar la puerta.

El verano pasado, después de separarse, papá pasó un mes en un motel antes de mudarse a un apartamento «temporal» de dos habitaciones, que amuebló con la mitad de nuestra antigua casa. No sé por qué, pero se llevó la cómoda de su dormitorio, el sofá del salón y una mesita que tenía-

mos en el sótano. Mamá se quedó con todas las lámparas. ¿Por qué? Ni idea. Además, el hecho de que el apartamento solo tuviera dos habitaciones significaba que Lucy y yo teníamos que compartir cuarto cuando nos quedábamos con él, lo que sin la menor duda suponía un castigo poco frecuente y cruel.

La situación era un poco mejor en el caso de mamá, quien se mudó a una de las casas piloto de la urbanización que estaba construyendo en la zona más exclusiva de Old Wayford. Si he de ser sincero, creo que en Connecticut no hacen falta más urbanizaciones, sobre todo de esas en las que todas las casas son iguales. Aun así, era un sitio muy bonito y con mucho más espacio que el apartamento de papá, pero no daba sensación de hogar. A excepción de unas cuantas lámparas, mamá no conservó nada de la antigua casa. Y encima, los posibles compradores entraban a todas horas, así que apenas podíamos poner nuestras pertenencias para que al menos pareciera que vivíamos allí. Me sentía como un objeto decorativo y no dejaba de preguntarme si la historia habría sido distinta si no hubiera dado tantos problemas durante los dos años anteriores.

—Esto no va a funcionar —dije en voz alta, más que nada para mí.

—Pues vale. Entonces será como antes —replicó Lucy.

Fuera, los autobuses empezaban a salir y mamá nos dedicó una sonrisa forzada y se despidió con la mano, como hacen los padres cuando piensan que pueden engañarte para que creas que todo va bien. Conozco de sobra

esa expresión, porque yo mismo la he perfeccionado con el tiempo.

Papá encendió el motor y puso la radio.

—Justo a tiempo para tragarnos la hora punta. Voy a llegar tarde a la sesión del grupo de sondeo, así que os toca veniros a trabajar conmigo —explicó—, ¡qué ilusión!

Su comentario sarcástico fue recibido con un silencio. Si con lo de «qué ilusión» se refería a sentirse como una rata de laboratorio en un experimento mal diseñado llamado vida, lo había clavado. Ojalá hubiera sabido entonces lo cierta que iba a terminar siendo esa analogía.

Antes pensaba que los descubrimientos científicos descabellados eran cosa de las películas.

Pero luego fui a Clarity Labs.